

que todas las mujeres hacen para que no se note lo que quieren ocultar, tengo yo muchos años y he conocido muchas mujeres, para que ellas puedan engañarme.

—Pues cállate, que no todos ven lo que tú, culebron; y aunque ello importa poco, la pobre María se avergonzaría, y bien merece por buena que no se la avergüence.

—¡Ah! Lo que es por eso, descuida, Gabriel, yo me callaré como si esto fuera cosa de la familia; como si María fuera mi hija.

—Ya sé, Gil, que de ti, á lo menos sabiéndolo tú, no puede venirme nada malo; basta con que mi madre fuera prima hermana tuya; pero bueno es avisarte.

—Descuida, Gabriel, descuida, que por mí nada se sabrá.

—Eso es lo que es menester; y adios, Gil, que tengo que salir de casa.

—Mira que hace un calor que achicharra.

—Tengo que salir por fuerza; me llama el padre fray Miguel de los Santos.

—¿Y qué te quiere fray Miguel? dijo Gil Lopez, que como viejo era muy curioso.

—Traigo de Roma una carta del Papa para la señora doña Ana de Austria.

—El diablo eres, Gabriel, y segun las cosas que te han pasado, debias estar rico como un genovés.

—Allá veremos, allá veremos lo que viene con el tiempo, mi buen Gil. Pero adios, que el tiempo se pasa y me están esperando.

—Anda con Dios, hijo, anda con Dios, y de prisa para que el sol te haga menos daño.

Gabriel de Espinosa atravesó el despacho de la pastelería que estaba completamente desierto, salió á la calle, y á buen paso se trasladó al convento de San Agustín, que estaba en uno de los extremos de la villa.

## VII.

En el momento en que preguntó en la portería por fray Miguel de los Santos, un lego le llevó á la celda del religioso.

Era esta humildísima, y á primera vista revelaba la pobreza de fray Miguel.

Lo único que allí representaba algun valor, eran cuatro grandes estantes llenos de libros, encuadernados en pergamino, y guardados por puertas con alambreras.

El demás mueblaje se reducía á una mesa y algunos sillones de nogal, sobre un suelo de baldosas muy limpio y muy regado, para templar en algun tanto el calor, y algunos malos cuadros al óleo, representando santos, esparcidos por las paredes lisas y blanqueadas.

## VIII.

Fray Miguel salió al encuentro de Gabriel de Espinosa, y le dijo:

—Por dichoso puedo contarme, señor, pues veo á vuestra majestad en mi humilde celda; contado será para mí este dia entre los más prósperos de mi vida, y desde hoy me parecerá mi celda un palacio, pues vuestra majestad la ha honrado una vez con su real persona.

—Dejáos de majestades, mi buen fray Miguel, dijo Gabriel de Espinosa sentándose en un sillón que le habia presentado el fraile; sentáos á par mio, y hablemos quedo no nos oigan y sospechen, y demos que hacer de veras á ese buen don Rodrigo de Santillana; tratadme lisa y llanamente de vos á vos, que yo os lo mando, y me servireis con ello mejor que con las majestades, que ya tendreis ocasion larga de darme, cuando hubieren llegado mejores tiempos.

—Sea como vos quisiéreis, dijo fray Miguel de los Santos; pero me parece imposible que yo pueda echar de mí el respeto en que me poneis.

—Habladme como hablaríais al pastelero Gabriel de Espinosa; y digo esto, no porque aquí nos escuchen, que ya tendreis vos buen cuidado de que esto no suceda, sino porque no acostumbreis tanto á darme majestad, que la solteis delante de gente inadvertida, y me pongais por vuestra imprudencia en un gravísimo caso.

—Me hablais tan severo y me mirais tan fijo, respondió fray Miguel, que no sé bien si tengo la desgracia de que os halleis enojado conmigo, que harto me lo temo.

—Decidme, fray Miguel, dijo con acento opaco, firme y dominador Gabriel de Espinosa, ¿sabeis vos, si yo soy quien soy?

—Yo creo, dijo fray Miguel de los Santos, y lo creo con mi alma y con mi conciencia, que vos sois el rey don Sebastian de Portugal.

Y al decir estas palabras fray Miguel se puso de pié como dominado por un poder superior.

—Pues teneis grandes enemigos, padre, dijo sin dejar

su acento de amenaza Gabriel de Espinosa; pero sentáos, no quiero que alguien entre y os vea en esa actitud temerosa.

—Es que poneis espanto, dijo el fraile sentándose.

—¿Creeis vos, dijo Gabriel de Espinosa, cuya severa y terrible majestad crecia, que puede equivocarse un leon con un zorro?

—¿Por qué decís eso, señor?

—Por una de dos: ó teneis grandes enemigos, padre, ó sois más traidor y más infame que Júdas.

—Veo la calumnia, señor, dijo estremeciéndose fray Miguel, no sabemos si de cólera mal contenida ó de miedo mal encubierto.

—Pues si se os ha calumniado, la calumnia ha salido de la boca de un rey, y de un gran rey, padre, que como yo, aunque por distinto modo, ha sufrido mucho antes de ser rey de Francia, y ha tenido grandes ocasiones de conocer á los hombres; ese rey, fray Miguel, es Enrique IV, rey de Francia y de Navarra.

—Han engañado á su majestad, si su majestad ha dicho de mí que yo soy un traidor.

—Oid lo que me dijo mi primo el rey de Francia hace dos meses, encerrado conmigo en una torrecilla del Louvre.—Allá vais con Dios y vuestra buena ventura, hermano don Sebastian; pero ved bien de quién os servís y con quién hablais, que puede ser que cuando os creais más seguro, os encontréis más vendido, y os brinde la muerte en copa de oro, la mano que creais más amiga; tened por cierto que en todas partes hay Catalinas de Médicis y Césares Borgias; cuenta, hermano, que vais

en busca de vuestra corona de Portugal, como yo he andado en busca de mi corona de Francia, y aprended de mí y sed tan sagaz como yo lo he sido, no sea que la muerte se os cruce en el camino coronada de flores y sonriéndoos con amor; ya sabeis que cuando la reina Catalina de Médicis, la buena madre de mi buena esposa Margot de Valoix me abrazaba y me besaba en la boca, llamándome su hijo, su querido hijo, yo recibia el beso con la boca fuertemente cerrada, me frotaba fuertemente los labios en cuanto Catalina de Médicis volvía la cabeza, por temor de que la reina Catalina hubiese querido envenenarme con su aliento, y mucho tiempo después, no comía más que los huevos que iba á coger del nido de las gallinas, ni bebía más agua que la que cogía en el hueco de mi mano de las fuentes públicas, y no me quitaba ni para dormir la cota de mallas, y dormía con un ojo abierto, y con el puñal desnudo debajo de la almohada; y aunque he sido y soy muy aficionado á las mujeres hermosas, no hacía caso de ninguna mientras tenía el más leve recelo, ni oía la más sencilla palabra de los que me hablaban sin hilar, alambicar, retorcer aquella palabra, estrujándola, buscando en ella un doble sentido; y así, con la mano en el timon y los ojos en la brújula, encubriéndome y haciéndome el simple para no ser conocido, para ver mejor, he llegado por entre terribles sirtes dejándome arrastrar por tempestades tan bravías como la horrible noche de San Bartolomé, en que se dió al mundo y á la historia el sangriento degüello de los hugonotes, mis hermanos, he llegado á este hermoso puerto que se llama trono de Francia.—¿Y por

qué me decís eso, hermano? pregunté á Enrique IV.— Vos sois demasiado bravo, hermano don Sebastian, confiáis demasiado en vuestro aliento y en vuestra fortuna, y no teméis tanto como debíerais á vuestros poderosos enemigos.—Por mí conspira todo un reino, contesté; la gente que me rodea es leal.—Sería yo para con vos traidor y mal caballero, si no os dijese los nombres de dos personas de las que necesariamente os teneis que servir, y de las que debéis desconfiar.—¿Y qué personas son esas, Sire? le pregunté.—Una es vuestro tío don Antonio, prior de Ocrato, y la otra fray Miguel de los Santos, fraile agustino portugués, que para servir á vuestro tío, ha pasado á un convento de su misma orden de Castilla.

—¡Yo! ¡Yo traidor á mi rey! exclamó poniéndose pálido como un difunto fray Miguel; traidores infames han engañado al rey de Francia; porque yo ni aún puedo atreverme á sospechar que su majestad haya mentido.

—Seguid, seguid oyendo, padre, dijo Gabriel de Espinosa, cuya severidad y cuya majestad crecían de momento en momento: yo pedí á mi primo el rey de Francia me explicase por completo lo que solo me había indicado; Enrique IV me dijo:

—Hace algunos años, portugueses, que habían sido hecho cautivos por corsarios tunecinos, os vieron y os reconocieron en Túnez; y rescatados algunos de ellos por los frailes de la Redención de cautivos, llevaron á Portugal la noticia que se estendió como un rumor sordo, ó que fué dada en secreto por temor á las iras del rey de España, de que era falsa vuestra muerte en Afri-

ca, que vivíais, que os habian visto en Túnez, que os habian tocado, que os habian reconocido. Recordóse que el cadáver que se habia sepultado con régia pompa en Setubal estaba desfigurado; tomáronse lenguas secretamente por los caballeros más principales de Portugal, que estaban descontentos bajo el dominio del rey de España, é invitados con razon, al ver á Portugal unido á la corona de Castilla, convertido en una provincia española, y se obtuvo de una manera discreta de boca de los mismos caballeros españoles, que el rey don Felipe habia enviado á Africa á reclamar el cadáver de su primo hermano el rey don Sebastian, la certeza de que cuando el sultan Ahtmed, que les entregó el cadáver, aquel cadáver estaba tambien desfigurado, y no podia decirse ni aún con asomos de verdad, que aquel fuese el cadáver del rey don Sebastian. Algun tiempo adelante, se presentó en Lisboa un hombre misterioso, que no se sabia de dónde iba, ni á qué iba. Aquel hombre entró una noche oscura por un postigo sin ser visto de nadie en la casa del duque de Coimbra, donde estaban secretamente reunidos los principales señores de Portugal. Aquel hombre sacó de su pecho un retrato, y todos reconocieron en aquel retrato al rey don Sebastian. Entonces aquel hombre les dijo:—La serenísima República de Venecia me envia á vosotros con este retrato, que es la copia fiel de un extranjero que se ha presentado al Supremo Consejo de los Diez, llamándose el rey don Sebastian de Portugal, y pidiendo proteccion á la República de Venecia. Ahora bien, señores: ¿reconoceis vosotros en el hombre representado en este retrato á

vuestro rey don Sebastian? A lo que todos contestaron:—Sí, este es el retrato de nuestro rey.—Miradlo bien, repitió el enviado de la República de Venecia, y responded teniendo en cuenta vuestro honor y vuestra conciencia.—Sí, ese es nuestro rey; lo juramos sobre nuestro honor y sobre nuestra alma.—Pues bien, señores: vuestro rey vive oculto en Venecia bajo la decidida y leal proteccion de la República.—¡Viva nuestro rey don Sebastian! gritaron todos aquellos señores, entre la soledad y el silencio del palacio del duque de Coimbra.

Gabriel de Espinosa se detuvo un momento, é inclinó la cabeza abatido.

Fray Miguel de los Santos tenía fija la mirada en el suelo y temblaba.

Gabriel de Espinosa alzó al fin la cabeza y fijó de nuevo su mirada poderosa y dominadora en el fraile, que como atraído por aquella mirada, levantó la suya, y la fijó entumecida y cobarde en la de Gabriel.

—Oid, padre, dijo Gabriel con la voz más profunda y más severa que antes, lo que continuó diciéndome Enrique IV:—La noticia de que vos, hermano, no habíais muerto en la batalla de los Xerifes, de que existíais en los estados de Venecia, cundió sordamente de boca en boca entre los descontentos del reino de Portugal, y llegó á los oidos de vuestro tio el prior de Ocrato don Antonio, que fuera del reino, protegido abiertamente por Enrique VIII de Inglaterra, pretendia, amenazando constantemente las costas portuguesas con los barcos y los soldados que Enrique VIII le prestaba y le presta, la corona de Portugal. Esto alarmó seriamente á don

Antonio, y disgustó á Enrique VIII. A don Antonio porque vuestra existencia echaba á tierra todos sus proyectos, y á Enrique VIII, porque esperaba sacar más partido de Portugal estando sobre su trono un rey débil, como lo será, si lo es, aunque lo veo muy difícil, el prior de Ocrato, que estando vos sobre el trono; porque en el poco tiempo que reinásteis, dísteis claras muestras de ser un rey bravo, y poco á propósito para recibir consejos y ceder á influencias; pero en cambio, vuestro nombre era y es un talisman para los portugueses, mientras que don Antonio no ha sido ni es, ni puede ser para Portugal, más que una conveniencia, más que un medio para sacudir el yugo extranjero. Determinóse, pues, por Enrique VIII y por el prior de Ocrato ceder a las fuerzas de las circunstancias, y ayudaros hipócritamente en vuestra empresa de reconquistar el trono de vuestros abuelos. Pero era necesario ponerlos desde muy temprano al lado de la traicion; era necesario un miserable acostumbrado á venderos, que hubiese adquirido por completo vuestra irreflexiva confianza, y que, preparado ya de mucho tiempo antes, no vacilase para emponzoñar vuestra copa ó vuestro plato de rey, consiguiendo de este modo dejar vacante la corona, que se ceñiría fácilmente, como heredero vuestro, el prior de Ocrato don Antonio.—Pero yo tengo hijos, mi noble primo de Francia, contesté á Enrique IV.—Los niños se mueren con suma facilidad, mi imprudente primo de Portugal me contestó sonriendo de una manera fria Enrique IV.—El nombre, el nombre de ese traidor que han de poner á mi lado, le pregunté.—No han de po-

nerle, está ya: porque el hombre que ha de vivir á vuestro lado, que ha de escuchar vuestras más insignificantes palabras, que ha de sorprender lo que murmurais durante vuestro sueño, que lo ha de transmitir secretamente á don Antonio, es el mismo hombre que ha ido á Roma á obtener del Papa, y la ha obtenido, la disolucion de vuestro matrimonio con vuestra esposa, la noble doncella mora que os salvó, y de la que no debéis renegar, primo.

—Yo juro *in verbo* de sacerdote, y por la salud de mi alma, que han engañado al rey de Francia; yo desafío al rey de Francia y á todos los reyes del mundo, á que os presenten la prueba de esa horrible traicion, exclamó fray Miguel de los Santos descompuesto, trémulo, aterrado.

—Lo mismo dije yo al rey de Francia: pueden haberos engañado, señor; yo he conocido y tratado desde muy niño á ese religioso, y le he juzgado completamente adicto á mí; pedid la prueba de esa acusacion, Sire, á fin de que yo sepa cómo debo tratar á ese hombre; porque leal ó traidor, segun andan mis negocios, le necesito de todo punto.—Se conoce que habeis reinado muy poco tiempo, primo, y que érais muy jóven cuando reinásteis; de otro modo sabríais que las traiciones más terribles son aquellas de que no puede obtenerse una prueba clara; estas traiciones se sorprenden por medio de agentes leales y astutos, y á quienes se paga á peso de oro, y á quienes se honra y se favorece, para que tengan un gran interés en ser traidores á otro, para servir bien á quien les paga; despues, quedan la experiencia, el conocimiento de los

hombres y de las cosas, para saber qué fundamento tienen las revelaciones de los que os sirven; ¿creeis en mi experiencia y en mi sagacidad, de que es una buena muestra la corona de Francia que ciño, primo de Portugal?—Creo en vuestra gran experiencia y en vuestra gran perspicacia, Sire.—Pues bien, retened tenazmente en vuestra memoria, y obrad con arreglo á ellos, los consejos que voy á daros, ya que no puedo daros mucho dinero; porque las guerras que tengo sobre mí, me tienen muy pobre; entregáos confiadamente á fray Miguel de los Santos que os será leal, yo os lo aseguro, porque así sirve bien á don Antonio, mientras solo se trata de conspirar para ponerlos en el trono de Portugal; es hombre muy docto, muy experto, de gran talento, muy prudente, muy sagaz, muy bravo, que vale, en fin, mucho; seguid ciegamente sus consejos; pero en cuanto seais rey de Portugal, ahorcadle; y si quereis evitar el ruido, convidadle un día á comer, y que le sirvan un plato sabroso; no tengais por ello remordimiento ni vergüenza alguna, porqué quitándole de enmedio, habreis librado al mundo de un traidor.

Se detuvo Gabriel de Espinosa, y permaneció mirando por algun tiempo de una manera terrible á fray Miguel, que estaba completamente aturdido, completamente dominado.

—Ya veis, dijo Gabriel de Espinosa, que he empezado por no hacer caso de los consejos de mi prudente primo el rey de Francia; porque yo he sido, soy y seré leal, valiente y caballero; porque yo uso de la espada contra el puñal de los traidores; porque no quiero recobrar mi

trono, si para recobrarle me he de ennegrecer con la más leve sombra de traicion.

—¡Oh! exclamó fray Miguel de los Santos cayendo de rodillas: ¡sí, vos sois el noble, el valiente rey don Sebastian!

—¡Ah! Con que no mentia mi noble primo el rey de Francia, cuando preguntándole yo qué interés podias tener en que fuese rey mi tio don Antonio, si siendo yo rey podia honrarte y favorecerte agradecido, me contestó que tu me creias un impostor, un miserable, un hombre oscuro, que me aprovechaba de mi extraordinaria semejanza con el desgraciado rey don Sebastian, para pretender su corona.

—Os confieso, señor, que yo no he conocido á vuestra majestad hasta ahora; que no habia creído las cosas extraordinarias que de vos me habian contado; os confieso, que asombrado por la que yo creia en vos extraordinaria semejanza con el rey don Sebastian, con vos mismo, porque yo os he conocido desde niño...

—Un día, cuando el rey don Sebastian solo contaba quince años, ó por mejor decir, una noche, tiraron precipitadamente de la cuerda de la campana del convento de Agustinos descalzos de Lisboa, y cuando el portero llegó á la puerta, el que llamaba preguntó con vehemencia por fray Miguel de los Santos, y tiró por la reja de la puerta dentro de la portería un bolsillo lleno de oro, lo que dió por resultado que la puerta se abriese y entrase un jóven con trazas de muy principal por el rico traje que vestia, pero con el rostro cubierto por un antifaz.

A medida que hablaba Gabriel de Espinosa, el rostro de fray Miguel de los Santos se iba descomponiendo, y marcándose la sombra de su mirada.

—¿Cómo era el traje que vestía aquel jóven? dijo con la voz temblorosa de ansiedad.

—Un birrete de terciopelo leonado con una pequeña pluma de buitre de su color natural en un joyel de esmeraldas, un justillo de terciopelo tambien leonado, con cuchilladas de raso blanco, tomadas de oro, calzas blancas, borceguies leonados, puñal y espada, limosnera al cinto, y sobre el traje un capotillo de terciopelo gris, con mangas anchás.

—¿Y qué más, qué más llevaba aquel jóven? preguntó con doble ansiedad fray Miguel de los Santos.

—Una estocada larga y poco profunda, pero de la que salía mucha sangre, en el hombro derecho.

—¿Quién, quién era aquel jóven, cómo se llamaba? dijo en el colmo de su turbacion fray Miguel de los Santos.

—Aquel jóven era el infante don Sebastian, hijo del príncipe don Juan de Portugal, que rondando encubierto á doña Beatriz de Aponte, habia reñido con un hidalgo, le habia muerto, recibiendo en la riña una estocada, y perseguido por la justicia como homicida, habia ido á refugiarse al convento de los Agustinos, y á tu celda, fray Miguel; Dios y tú y el rey don Sebastian son los únicos que saben este suceso: hé aquí mi hombro derecho, fray Miguel.

—Y Gabriel de Espinosa se abrió el justillo y la camisa de Holanda que debajo llevaba, y dejó ver en

su hombro derecho, que era blanquísimo, una larga cicatriz.

Además, sobre el pecho de Gabriel, que éste habia descubierto completamente, se veian tres cicatrices de bala, dos de arma blanca, y una de ellas profunda y larga sobre el costado izquierdo.

—¿Me conoces ahora? dijo Gabriel Espinosa.

—¡Oh! ¡Si! exclamó fray Miguel completamente dominado; vuestra majestad es el rey don Sebastian.

## IX.

Gabriel se cubrió el pecho, y dijo á fray Miguel de los Santos:

—¿Estás tú seguro de que yo soy el rey don Sebastian?

—Sí, sí, señor, dijo fray Miguel con vehemencia: lo juraría por la salvacion de mi alma.

—Y te espondrias á perderla, insensato.

—Vuestra majestad me há revelado un secreto que solo podia revelarme el rey don Sebastian, porque yo á nadie lo he dicho; y el rey don Sebastian, entonces infante, fué curado por mí, sacado secretamente del convento y acompañado á palacio.

—¿Y no pudo haber un testigo oculto de lo que aquella noche hizo el infante don Sebastian? ¿No pudieron decir sus camareros el traje que vestía? ¿No pudo saberse que tuvo una herida en un hombro? ¿No pudo averiguarlo todo esto la justicia de una manera secreta, y callar porque el homicida era el infante don Sebastian? ¿No

puedo haberlo sabido yo todo esto? Y dime: ¿si al verme en África uno y otro portugués cautivos palidecieron y se arrodillaron á mis piés creyéndome el rey don Sebastian, y yo alentado por ello entré en codicia de un trono, y fui á Venecia, y allí, por las informaciones que se hicieron en el mismo Portugal se me creyó el rey don Sebastian, crees tú, que sabiendo yo las aventuras del infante en aquella noche en que se refugió en el convento, me faltaria valor para hacerme una herida, cuando tenia valor para llevar adelante una impostura que podia costarme la cabeza?

—Esa cicatriz es muy antigua, señor, y á más de eso, teneis las siete cicatrices de las siete heridas con que se os encontró como muerto en África: cinco en el pecho, una en la cabeza y otra en la mano izquierda.

—Yo peleé en Alcázar-Kivir como el más bravo, y fui tenido tambien por muerto.

—Vuestra majestad es el rey don Sebastian.

—Escucha; si soy el impostor Gabriel de Espinosa, sírveme; porque en servirme te va la vida; y si soy el rey don Sebastian, sírveme tambien; porque el rey don Sebastian no hará contigo menos que lo que haria Gabriel de Espinosa.

—¿Pero porqué, señor, ese misterio?

—Quiero que dudes; quiero que si la suerte me es contraria y soy descubierto y sacrificado por el rey don Felipe, nadie pueda decir ni creer que el rey don Sebastian ha sido ahorcado por el rey de España, sino un impostor que se habia atrevido á llamarse rey.

—Sea lo que vuestra majestad quiera; pero nadie me quitará creer que vos sois el rey don Sebastian.

—Más vale así, dijo Gabriel de Espinosa; eso te obligará á ser leal; olvídate de lo que hemos hablado, como si hubiera sido un sueño; pero no te olvides, que al primer asomo de traicion mueres.

—¡Ah! ¡No! ¡Yo no puedo ser traidor á vuestra majestad!

—Hablemos de otra cosa; ¿para qué me has llamado?

—La señora doña Ana de Austria está impaciente por hablar con vuestra majestad.

—Déjate ya de majestades, y hasta que yo sea verdaderamente rey, guárdate de darme ese tratamiento, y procura estar á mi lado sin esa turbacion que te domina siempre que me ves, y que pudiera dar que sospechar á las gentes; ¿cuándo podemos ir á ver á esa señora?

—En el momento en que vos querais; y nunca será pronto para doña Ana de Austria, porque está impaciente por trataros.

—Pues como yo tambien lo estoy por hablar con ella, vamos cuanto antes, fray Miguel.

Gabriel de Espinosa se levantó, se puso el manto, y ambos salieron de la celda y poco despues del convento, dirigiéndose al de Nuestra Señora de Gracia la Real, que no estaba lejos.